

VOZ DEL MAR, VOZ DEL LIBRO

SI me pongo a escribir, en qué termina  
una mano que empieza en uno mismo,  
cómo se llama hablar desde una silla  
a un muro muy lejano o al vacío.

Le llamaremos pluma a la deriva,  
mar que bastante tiene con su ritmo  
de trabajo manual: la poesía  
(es divina, repican las campanas)  
es un lujo, replican los martillos.

Y yo, sentado en una silla, sílaba  
a sílaba, les silbo en los oídos  
que sí, que estoy tallando una sortija  
... para sus manos o las de sus hijos.

Si me pongo a pensar, salta a la vista  
que el mar es como un libro  
abierto por la inmensa mayoría  
de las olas: yo leo en él, y escribo.

A veces, me parece que la orilla  
está tan lejos, que no la diviso.  
Será porque mi pluma está torcida;  
será porque un mal viento cerró el libro.

./...



Yo le ayudo (mi ayuda siempre es mínima:  
por eso insisto tanto y me repito)  
a levantar las olas entre las líneas  
que el mar alzó desde su mudo abismo.

Si me pongo a gritar, es que el mar grita  
desde hace siglos algo tan sencillo  
como "¡Me pesan mucho los navíos!  
¿Quién me ayuda a quitármelos de encima?"

Voz del mar, voz del libro.

Así se termina

una mano que empieza en uno mismo,  
un silencio que el mar impone y dicta.

